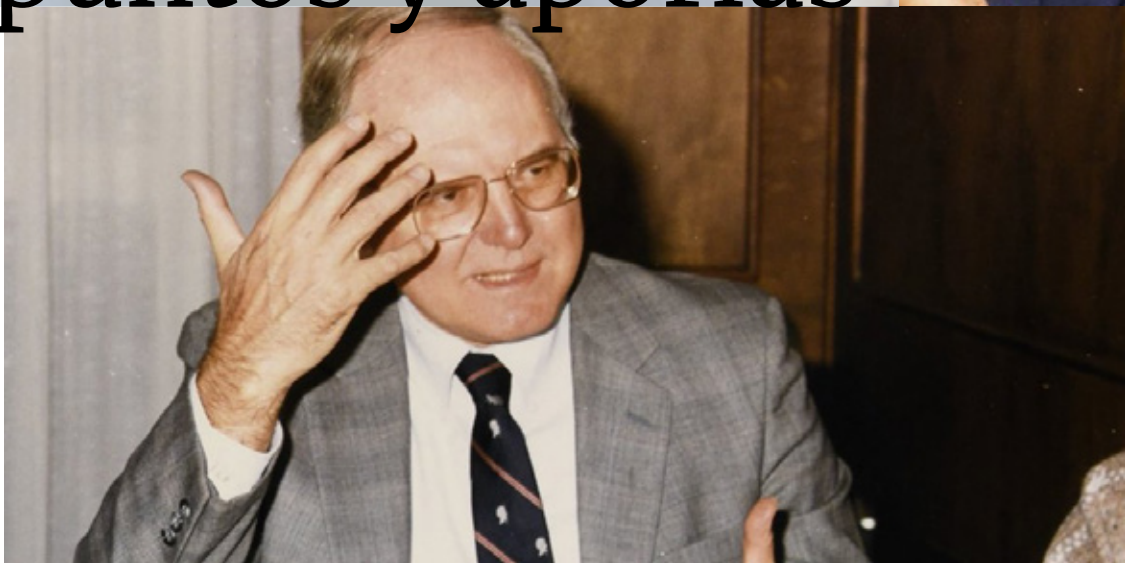




VICENTE  
HARGOUS



# Liberalconservadurismo: contrapuntos y aporías

VICENTE HARGOUS

Abogado del área de investigación de la Corporación  
Comunidad y Justicia.

Algunos intelectuales públicos chilenos han señalado que en la derecha existen diversas “almas”, marcos conceptuales desde los cuales se realiza la comprensión política, y una particularmente relevante en el caso chileno desde la transición es la liberal-conservadora. En el contexto del triunfo de Estados Unidos en la guerra fría, se quiso dar legitimidad al nuevo modelo de desarrollo importando referentes del norte, dejando en cierta medida de lado a las figuras que en nuestra tradición estaban llamadas a inspirar la política de quienes se opusieran a la izquierda (tales como Eyzaguirre, Góngora y Edwards). Lo vemos claramente en la identidad de la UDI de fines de los noventa: el “chicago-gremialismo”, como dijo Novoa. El propio Jaime Guzmán tenía, según se cuenta de él en el ocaso de su vida, una verdadera fijación por la difusión de la obra *El espíritu del capitalismo democrático*, del autor católico Michael Novak. Y hoy la fusión de “conservadurismo moral” y “liberalismo económico” todavía está presente: varias figuras en la centro-derecha chilena que defienden posturas llamadas “conservadoras” dicen

defender las “ideas de la libertad”, y esta retórica parece incluso haberse potenciado en el Partido Republicano: una derecha que mira a Estados Unidos, que aboga por una liberalización económica fuerte y, a la vez, que defiende ciertas costumbres e instituciones sociales –especialmente la familia fundada en el matrimonio– que garantizarían las condiciones de posibilidad para lo que el liberalismo llama “sociedad libre” (aunque dudo que exista consenso dentro del mundo liberal acerca de qué significa eso).

Se podrían tomar muchos puntos de partida para una reflexión crítica sobre qué significa ser liberalconservador. Para efectos de esta columna, quizás baste con referirnos al libro *Una defensa del liberalismo conservador* (Unión Editorial, 2018), de Francisco José Contreras. Él es un reconocido catedrático de Filosofía del Derecho, que además ha entrado en la arena política, como diputado de Vox en las Cortes Generales. Para quien quiera comprender la *forma mentis* de esta perspectiva, el libro constituye una síntesis notable de sus postulados: en breves páginas retrata claramente



*Una defensa del liberalismo conservador*  
Francisco José Contreras  
Unión Editorial, 2018  
170 páginas

cómo el liberalismo conservador se entiende a sí mismo, mencionando a prácticamente todos los referentes intelectuales relevantes para esta corriente (también a los que no se dicen conservadores), con citas que la retratan —desde Hayek, pasando por los llamados “padres fundadores” de Estados Unidos, hasta Novak—, llegando además a sostener que esta sería el liberalismo en su estado puro original. Contreras muestra a autores como Locke, Montesquieu o Smith afirmando ideas que hoy consideraríamos “conservadoras”, y así muestra cómo los liberalconservadores interpretan a los clásicos del liberalismo. Aunque el tono y los supuestos del libro parecen hablarle a un público muy acotado, que ni es crítico de la tradición liberal ni de las posturas conservadoras (en ocasiones parece más un manual de formación que una defensa), justamente por eso es útil para efectos de esta columna. Es verdad que es un poco reduccionista pretender abordar el liberalismo conservador únicamente desde un libro determinado: nuestra intención no es abarcarlo todo, sino únicamente mostrar la deficiencia del uso de etiquetas sin matices y, por otro lado, dar cuenta de las incoherencias que se pueden ver en la ideología liberal conservadora.

Pareciera que en ciertas órbitas liberales existe una suerte de obsesión por las etiquetas, donde parece tener prioridad el *ser llamado* “liberal” por sobre las premisas afirmadas y su conveniencia en la política concreta. Este libro cae en este problema: está marcado por un tono ligeramente apologético que parece tener cierto complejo por *ser catalogado* como no liberal. En ese sentido, hay un énfasis muy claro en la descripción de las etiquetas, con definiciones dadas por el propio autor o tomadas de otros, acerca de qué significa ser “liberal” (o “libertario”, o “conservador”) y qué no. No obstante, la

selección de tales definiciones hasta cierto punto parece algo antojadiza, al igual que la de las citas que el autor hace de textos liberales, y pareciera que esto suele ocurrir a quienes pretenden a la vez defender el capitalismo y una antropología cristiana. En efecto, el autor revela así uno de los puntos ciegos del liberalconservadurismo: omite la evolución que ha tenido la tradición liberal –o más bien, prefiere catalogar como “libertaria” dicha evolución–, y por ende le resta importancia a las premisas individualistas ya incoadas en el liberalismo primigenio, buscando separarse de las consecuencias progresistas que hoy vemos allí donde el liberalismo ha calado hondo. Como dijera Cristóbal Bellolio en un debate similar en Chile: quien busca imponer al mundo liberal las premisas puritanas del liberalismo clásico parece creer “que el liberalismo se quedó pegado en las pelucas que reconoce añorar”<sup>1</sup>.

Volviendo al problema de la defensa irrestricta de la etiqueta del liberalismo, pareciera que el autor construye una suerte de hombre de paja al revés, donde ser liberal (clásico) significa ser conservador, ser (neo)conservador significa ser un liberal razonable, y esta sería la única alternativa política decente. Todos los liberales y los no progresistas deberían, así, reconocerse liberalconservadores, pues Contreras opone esta visión por un lado al “libertarianismo” (progresista), y por otro lado a “una sociedad pétreamente tradicionalista”<sup>2</sup>. En ocasiones, en el libro no se explicitan las diferencias entre un “conservador” y un postliberal, como ocurre con su propuesta de un “liberalismo perfeccionista”, que en abstracto no parece muy diferente de

los postulados de un Vermeule<sup>3</sup>, un Pappin<sup>4</sup> o un Deneen<sup>5</sup>, al reconocer que no existe la neutralidad del Estado en materias morales, tesis en clara contradicción con la premisa enunciada por Kukathas en *El archipiélago liberal*: “la esfera política tiene prioridad sobre la esfera moral”<sup>6</sup>. Si ese es el tronco del liberalismo, entonces un conservador no tendría nada que hacer allí. Y sin embargo, Contreras a la vez parece mirar con desprecio las posturas propias de una derecha que se considere no liberal o no economicista. Algo similar podría decirse respecto del modo en que pasa por encima de las diferencias entre un liberal clásico como Locke, un liberal contemporáneo como Hayek y un conservador como Novak. Lo mismo ocurre con la forzada semejanza que pretende con Hayek, en un curioso intento de atacarlo para defenderlo, criticando su obra *Por qué no soy conservador*, donde le resta importancia a las omisiones de Hayek respecto de materiales de moral sexual y le da importancia a ciertas afirmaciones que en su época eran sentido común compartido incluso por muchos socialistas. Más allá de los términos, ¿no sería razonable cuestionar ciertos relatos economicistas del mundo liberal?, ¿no es verdad que en ocasiones en materias económicas es precisamente donde es más urgente evaluar la moralidad de ciertas conductas humanas?, ¿no es cierto acaso que cada acto libre en el mercado es susceptible de ser juzgado como justo o injusto? El asunto, desde ese punto de vista, no se encuentra en ser “conservador en lo moral” y “liberal en lo económico”, sino en lo cuestionable

1 Bellolio, Cristóbal: “El derecho a morir”, *The Clinic*, 09-03-2018.

2 Contreras, Francisco José: *Una defensa del liberalismo conservador*. Unión Editorial. 2018. p. 118.

3 Cfr. Vermeule, Adrian: *Common Good Constitutionalism*. Polity Press. 2022. *Passim*.

4 Cfr. Pappin, Gladden: “From Conservatism to Postliberalism: The Right after 2020”. *American Affairs*, vol. 4, N°3. 189-206. 2020. *Passim*.

5 Cfr. Deneen, Patrick: *Regime Change*. Forum. 2023. *Passim*.

6 Kukathas, Chandran: *El archipiélago liberal*. FPP. 2022.



que es la premisa de que la economía es amoral, o que la moral no tiene nada que ver con la política.

Desde este punto de vista, habría que preguntarse por las tesis fundacionales del liberalismo clásico (que los que se autodenominan liberal conservadores buscan aceptar), para ver si han sobrevivido al paso de los siglos. Parece al menos defendible sostener que no han permanecido incólumes. La reducción de la esfera política a la meramente económica, la atomización derivada de una comprensión individualista del orden social, la promoción de un sistema cuyos engranajes son la codicia y el egoísmo (al despuntar el pensamiento capitalista se sostenía que los vicios privados serían públicamente convenientes<sup>7</sup>)... Todo esto parece que ha traído algo más que riqueza. ¿No tendrá todo eso algo que ver con el debilitamiento del principio de autoridad, con la ausencia de una sociedad armónicamente articulada, con la pérdida de sentido en occidente denunciada por Aleksandr Solzhenitsyn<sup>8</sup>? Si vamos a los autores liberales que el mundo “conservador” busca rescatar, aunque afirmaban ciertas tesis básicas para un cristiano (como la creencia en Dios en el caso de Locke o en cierto orden moral en el caso de Hayek), varios de ellos ya sostenían posturas que para un conservador probablemente podrían ser incómodas (algunas de esas tesis problemáticas sí las reconoce el ex parlamentario español), como el materialismo de Hobbes, la autonomía sobre la propia vida de Montesquieu (que incluso defendía la legitimidad del suicidio: un matiz no menor cara al debate sobre la eutanasia) o la reducción

del problema de la pobreza únicamente a la falta de laboriosidad en Locke (en su *Essay on the Poor Law* atribuye este fenómeno únicamente a la corrupción de las costumbres y la falta de disciplina). Tenían puntos en común con el mundo conservador de hoy, como señala Contreras, pero están lejos de haber defendido sistemas coherentes para un cristiano.


A esto se suma el hecho de que la mayoría de los liberales de hoy probablemente rechazarían posturas hoy polémicas de los liberales clásicos, y tal vez no tanto por razones sustantivas, sino sobre todo porque en esa época no eran temas en debate: eran asuntos que no eran políticamente relevantes, y por eso resulta anacrónico o improcedente trasladar así nada más las discusiones a otra época, como si no se dieran en un contexto histórico, como si en la política no fuese relevante la ubicación topográfica dentro de un espectro político y, sobre todo, como si las premisas que legitiman hoy las posturas que el autor llama “libertarias” no fuesen en el fondo las mismas que ya sostenían los liberales clásicos, sólo que ellos no las habrían llevado hasta las últimas consecuencias.

Uno de los posibles puntos ciegos de este “liberalismo conservador” es el del liberalismo económico. El libro de Contreras también sirve de ejemplo en esta materia. Es frecuente que los liberalconservadores asuman –como parece ocurrir con el autor– que “capitalismo” es equivalente a “libre mercado”, como si la propiedad y la circulación de los bienes no hubiesen existido antes de la emergencia social del capitalismo. El libro omite todos los matices respecto de razonables equilibrios que se han planteado en materias de intervención estatal en la economía –por ejemplo, mediante una regulación que permita la coordinación

7 Vid. Hirschman, Albert: *Las pasiones y los intereses: Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*. Capitán Swing. 2014. Passim.

8 Cfr. Solzhenitsyn, Aleksandr: “A World Split Apart”. Commencement Address, Harvard University. June 8. 1978. Disponible en <https://www.solzhenitsyncenter.org/a-world-split-apart> (consultado el 28 de marzo de 2025).

desde abajo al estilo de Ostrom<sup>9</sup>—, como si la única alternativa al capitalismo puro fuese el socialismo, o como si el capitalismo salvaje no hubiese recibido ninguna crítica que no sea la marxista.

Más allá de las simplificaciones que se ven en la obra (muchas de las cuales podrían atribuirse a la extensión), quizás lo relevante sería preguntarse qué es lo que realmente se busca: ¿una respuesta frente a los socialismos reales del siglo XX?, ¿un relato político para nuestra época?, ¿una tesis filosófico-política sólida? Asumiendo premisas propias de un creyente, en ocasiones el libro parece insinuar ciertos argumentos que apoyarían las tesis conservadoras de modo utilitario. Pero la familia no es importante porque el mercado no funciona sin ella, sino que es la economía la que debería estar al servicio de la familia. La religión no es importante porque con ella los ciudadanos son honestos en los negocios, sino que la verdad trascendente debe iluminar todos los aspectos de la vida. El bien común no es un mero instrumento al servicio del individuo, sino que cada uno está llamado a alcanzar su plenitud terrena en la vida comunitaria por y para los demás... y ciertamente, a realizar más allá de esta vida y de los bienes materiales su propia vocación como persona creada desde y para el don. 

“¿No sería razonable cuestionar ciertos relatos economicistas del mundo liberal?, ¿no es verdad que en ocasiones en materias económicas es precisamente donde es más urgente evaluar la moralidad de ciertas conductas humanas?, ¿no es cierto acaso que cada acto libre en el mercado es susceptible de ser juzgado como justo o injusto? El asunto, desde ese punto de vista, no se encuentra en ser “conservador en lo moral” y “liberal en lo económico”, sino en lo cuestionable que es la premisa de que la economía es amoral, o que la moral no tiene nada que ver con la política.”

---

9 Cfr. Ostrom, Elinor: *Governing the Commons*. Cambridge. 2015. *Pas-sim*.